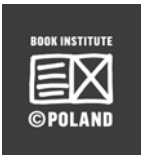
Barbara Kosmowska

UDO

El reparador de corazones

Título original: *TRU*
This edition is published by arragement with Media Rodzina Sp. z o.o. Poland

© Media Rodzina Sp. z o.o. 2016
© Del texto: Barbara Kosmowska
© De las ilustraciones: Emilia Dziubak
© De la traducción: Karolina Jaszecka
This edition is published with the support of



© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.
C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid
Tlf: (+34) 91 705 50 57
info@nordicalibros.com
Primera edición: marzo de 2025
ISBN: 979-13-87563-32-5
Depósito Legal: M-3082-2025
IBIC: YF
Thema: YF

Impreso en España / *Printed in Spain*
Grafilur
Basauri (Bizkaia)

Editor de la colección: Jesús Félix Sacristán
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Barbara Kosmowska

UDO

El reparador de corazones

Ilustrado por **Emilia Dziubak**

Traducido del polaco por **Karolina Jaszecka**

Nórdicainfantil

Le leí este libro a un chico muy simpático. Él escuchaba con atención y sonreía a menudo. ¡Incluso estalló en carcajadas un par de veces! Y lo que más le gustó fue cuando al protagonista se le ocurrían ideas de inventos para hacer feliz a todo el mundo. Y aunque este niño tan especial era bastante calvo y las gafas se le resbalaban por la nariz, sintió por la liebre Udo ese amor tan especial con que solo los niños saben amar a los protagonistas de los libros. Por eso este libro es muy importante para mí…

Buenos días,
queridas lectoras y queridos lectores:

Me llamo Udo.

Vivo con mi madre, mi hermano y mi hermanita en Tréboles Bajos. Así se llama el barrio de los Emigrantes con las casas más humildes pero bien cuidadas. Nosotros también somos Emigrantes. Mamá dice que se lo debemos a mi padre, quien nos hizo venir aquí en los tiempos en los que ella aún pensaba que él siempre tenía razón.

Para instalarse en Tréboles Bajos, mis padres tuvieron que cruzar el río fronterizo que divide el Bosque Bajo del Bosque Alto. Según mi padre, el Bosque

Alto tenía un nombre más prometedor y avanzaba mejor en términos de población. Por eso ponía en este lugar muchas esperanzas.

—¡Tanto optimismo y después no hizo nada! —se quejaba mi madre cuando tenía que pagar las facturas vencidas, pero papá ya no estaba con nosotros.

No sabemos qué le pasó. Quizás mamá lo sepa, pero por alguna razón no quiere decirnos la verdad.

—Yo le decía «¡no vayas a cazar!» —repite hasta la saciedad cuando le preguntamos por papá—. Pero vuestro padre no podía renunciar a ningún deleite. ¡Aquello tenía que acabar mal!

Mi madre se llama Zancada Larga, probablemente debido a su carácter muy vivaz. Después de que papá se perdiera durante la caza (algo que personalmente no me creo), mi madre se encargó de criarnos sola. Decidió no volver a tener pareja y trabaja en dos puestos a jornada completa en la Organización Forestal de los Abandonados. Habla otros idiomas, incluido el dialecto de los cazadores, y cocina muy bien. Le gusta repetir lo que dice y enfatiza con orgullo que es feminista. Es una palabra difícil. Puede referirse a alguien que, como ella, se preocupa por el Bosque Alto y asiste a diversas manifestaciones. Pero también podría describir a una mamá genial.

Qué más…

No sé si ya he mencionado que somos una familia de liebres, aunque esto es solo un pormenor. ¿Qué importa si eres liebre, caballo o una empleada de banco? Tanto el caballo como la empleada se sentirían fatal si alguien cercano los abandonara o si no se les permitiera asistir a una fiesta por ir vestidos de manera inapropiada, ¿no? Pues las liebres también sufrimos y sentimos pena, al igual que otros seres.

Al nacer obtuve diez puntos y uno extra por tener un pelaje espeso. Pero este rasgo me causa más problemas que alegrías. Intento hacérselo ver a mi madre, pero ella siempre responde: «tienes un pelaje hermoso. Repito, hermoso…».

A mi hermanita la llamamos Pompón porque es tan corpulenta como la esposa del señor Mancha Blanca de la oficina de Correos. Parece hecha de pliegues. Es la que nació más tarde de los tres, sin los puntos extra, pero es nuestra favorita. Mi hermano y yo a menudo cuidamos de ella cuando mamá va a la lavandería o a una reunión. A mí me encanta cuidar de Pompón, al contrario que mi hermano, Oreja Erguida. No me sorprende, porque él también es todavía un lebrato.

Bueno, ya conocéis más o menos a mi familia… A continuación, intentaré centrarme más en mí mismo. El señor Pata Dorada, mi profesor del taller de manualidades, me animó a escribir estas confidencias personales. Nos caemos muy bien, el señor Pata Dorada y yo, y él quiere que todo el Bosque Alto sepa de mí porque soy un hijo de emigrantes excepcionalmente talentoso.

¿Que si estoy de acuerdo con él?… Bueno, no. Lo respeto mucho y creo que lo dice y piensa de buena fe.

Lo de mis habilidades. Sin embargo, sé que soy una liebre común (eso es lo que pone en mi certificado de nacimiento), y todo lo que hago y lo que aprecia el señor Pata Dorada no se debe a ningún talento. Simplemente me gustan otras liebres y, a veces, por ayudarlas, hago pequeños arreglos, reparaciones… y me encanta el bricolaje. Cuando se me ocurre una idea, ¡me divierto un montón realizándola!

También describo todo esto porque me gustaría solicitar este año la beca del programa El Ingenioso Verde. Ese dinero sería un gran alivio para nuestro presupuesto familiar. Y aunque no me falta de nada, me haría mucha ilusión saber que mi madre ya no tiene que mantenernos ella sola.

He releído esas últimas frases y suenan patéticas. ¡Como si estuviera escribiendo una especie de petición de compasión! ¡Qué ridículo! Puedo pedir pegamento nuevo o un taladro. ¿Pero compasión? ¡No la necesito! Al igual que no quiero tener mil cosas que llegan a la parte rica del bosque todos los días. Allí viven los Multicolor. No tengo ni idea de para qué necesitan tantas cosas, las liebres. Yo encuentro todo lo que necesito en un claro del bosque o en una pradera. A veces, también en el jardín de los señores X, porque

no voy a negar que nos aprovisionamos de los alimentos básicos también allí. Los Multicolor lo tienen peor porque siempre están preocupados por sus bienes y son reacios a abandonar su colonia vigilada. No en vano, aquel lugar se llama el Rincón del Corazón Tembloroso. Está claro quién vive allí: todos los miedicas. Pero a mí los Multicolor me caen bien. Como ya he mencionado, me gustan todas las liebres y me siento muy bien con esta sensación. A continuación, voy a explicar el origen de mi nombre y a escribir un poco sobre mis vecinos y compañeros de clase.

Estimadas lectoras y estimados lectores, unas palabras sobre las liebres pardas y las Multicolor

—No quiero llamarme Peludo —me opuse un día, hablando con mi madre—. Este nombre no evoca respeto, le pega más a un gato. Preferiría otro más temeroso. Por ejemplo, León o Aries.

—¿Aries? Los carneros no son valientes, te lo repito, hijo, ¡en absoluto lo son! —Negó con la cabeza.

—Leo el horóscopo, mamá, y según él, Aries es el más valiente. ¡Incluso más que un león!

—Llevas el nombre de tu valiente abuelo, Ricardo Peludo. No entiendo estas fanfurriñas tuyas, repito…

—¡Peludo Felpudo! —le interrumpí, sintiendo que iba a romper a llorar—. ¡No quiero llevar un nombre tan estúpido!

Mi madre es muy práctica, así que decidió que en lugar de cambiarme el nombre completo, se puede crear uno nuevo a partir del que ya tengo.

—Basta con quitarle algunas letras —repitió dos veces, encantada con su idea.

—Eludo —murmuré desanimado. Ella también hizo una mueca de disgusto.

—Eludo, Eludo —repitió sin convicción—. No suena como nombre de alguien muy valiente.

—¡Udo! —exclame entusiasmado. Sonaba bien e incluso un poco exótico.

Mamá parecía conmovida.

—¡Bienvenido a casa, Udo! Bienvenido, bienvenido —repitió melodramáticamente, aunque aquel día no me había movido de casa. Pero a mamá le gustan este tipo de escenas de película, especialmente las comedias románticas con Hugh Grant.

Desde entonces, tengo uno de los nombres más decentes de Bosque Alto. Y sin duda alguna, el más bonito de nuestro barrio.

Por ejemplo, nuestro vecino, que trabaja como temporero cortando la hierba, se llama Ojos Saltones. Nadie sabe si es su nombre de verdad o solo un apodo. O la señora Grita, que vive enfrente. Incluso si algún día tuvo un nombre, probablemente ella misma lo había olvidado. Es mayorista de zanahorias y todos se las compran de fiado. Y dicen: «Voy a ver a la Grita» o preguntan: «¿Has visto a la Grita por alguna parte?». ¡Qué pesadilla! Lo mismo puede decirse del abuelo Salto Saltarín. En mi opinión, ese nombre no es apropiado para su edad. Además, desde hace varios años, el abuelo se mueve en silla de ruedas. Cuando va por la calle de los Tilos, pasando cerca de la guardería y del orfanato, los lebratos gritan: «¡Abuelo Saltarín! ¡Abuelo Saltarín!», como si tratasen de convencerlo para que vaya saltando. Me indignan los nombres mal elegidos. Se me ha ocurrido que cuando sea mayor podría trabajar en la oficina de Asignación de Nombres Propios. Así, el bosque estaría lleno de liebres felices. Ojos Azules, Colas Bailarinas o Resplandores Matutinos corretearían por los alrededores. Y borraría de la lista oficial los nombres como Boñiga, Miedica o Fuga para no afligir a ninguna liebre con ellos.

En mi clase hay liebres del barrio de los Emigrantes y una docena de los Multicolor que viven en el Rincón del Corazón Tembloroso. La escuela se encuentra al borde del Bosque Alto, así que para llegar allí debemos atravesar poco más de tres lindes. Nos basta dar un salto para estar sentados en nuestros pupitres. Los Multicolor llegan en un liebrebús contratado por sus padres. Fui en él dos veces y no se lo recomiendo a nadie: estás encerrado, como en una jaula que da sacudidas horribles y no puedes bajar si de repente aparece en el camino un tierno tilo de ramitas crujientes. Incluso llegué a pensar que ser rico, a veces, es sumamente molesto. Algunos Multicolor también piensan lo mismo. Por ejemplo, mi mejor amigo, León LeBrón.

—Te envidio, Udo —me dice cuando acabamos las clases, mientras espera en la cola para el liebrebús, y yo me pongo la mochila en los hombros y tomo un atajo. Antes de llegar a casa, paso por el bar De Rechupete, donde todos los lunes sirven el estofado de repollo con arándanos. ¡Está delicioso! Y luego me da tiempo de buscar materiales de construcción para mis inventos. Una vez, durante la Fiesta de Novillos, llevé a León LeBrón a esta parte del bosque. Me dijo que cuando sea adulto, se mudará a nuestro barrio

porque se puede llevar una vida normal y se come de rechupete.

Los Multicolor, se pusieron ellos mismos este mote. Por el pelaje. Desde que las pieles artificiales se pusieron muy de moda en el bosque, el señor Mancha Blanca de nuestra oficina de Correos recibe y entrega todos los días los paquetes con ropa comprada en Liebrexprés. Cada temporada hay una colección nueva. Cada vez más refinada, por no decir ridícula, como suele bromear el señor Pata Dorada.

Lo que más le irrita son las capuchas de los impermeables y los chalecos ligeros de verano.

—¡Eso son disfraces de circo, no para ir a la escuela! —lanzaba rayos y centellas durante las reuniones con los padres—. ¡Es un escándalo convertir a una liebre en un mono!

El señor Pata Dorada es anticuado y asegura que ni muerto se mostraría al mundo vestido de color turquesa o rosa. También piensa que las pieles de colores ponen a los Multicolor en peligro y hasta publicó en el periódico local un artículo titulado: «Nuestros hijos, un blanco fácil».

Sin embargo, hay que admitir que, a diferencia de nosotros, las liebres pardas, las del barrio rico

parecen desprender más felicidad. Pero cuando llueve, sus prendas tardan más en secarse, y eso hace que uno se cuestione el sentido de vestir un impermeable con capucha, aunque sea tendencia. Una vez, como cualquier liebre joven, soñé con un abrigo así, ¡pero mamá no quería ni oír hablar de ello!

—Nunca, te lo repito, ¡nunca te compraré esta cosa horripilante! Es solo una moda pasajera. Las pieles sintéticas no son ecológicas, lo que significa que son nocivas, repito, muy nocivas. Tu pelaje es el más bonito, Udo. Debes llevarlo con orgullo…

Lo haría encantado si Dulce Nena, la hermana de León LeBrón, pensara lo mismo. Es muy guapa. Ni siquiera el pelaje de colores puede afearla. Por desgracia, a ella le gusta más Zigzag Junior, el propietario de un pellejo morado con cremallera. En el liebrebús siempre se sienta al lado de Dulce Nena y en mi imaginación la abraza fingiendo descaradamente protegerla de las sacudidas en el camino lleno de baches. La verdad es que las liebres pardas no podemos evitar envidiar a las Multicolor, aunque queramos. Especialmente su ropa, las fiestas de cumpleaños celebradas en el Café El Barranco y los juguetes que no se pueden comprar en La Cabaña Silvestre de nuestro barrio. A mí me daban

mucha envidia estos juguetes. Y decidí cambiar, porque como ya he dicho, me gustan todas las liebres. O tal vez todas salvo Zigzag Junior.

—Seré inventor —le confesé a mi madre hace un tiempo.

Mamá despreció mi sueño con un ligero movimiento de su pata.

—Eres igual que tu padre, Udo. Él también tenía muchas ideas increíbles, pero con esto se acababa. Te lo repito, hijo, eso era todo.

Pero cuando le entregué una sorpresa de mi propia invención, cambió de opinión. Os lo cuento ahora mismo…

En esta parte, queridas lectoras y queridos lectores,se describirán mis primeros inventos

A mamá le gusta echarse a los hombros las cargas más pesadas. Y no me refiero a criar a tres hijos sola o a tener dos trabajos. Estoy pensando en las pancartas de madera con diferentes inscripciones que se pone en los hombros cuando va a protestar por diversas causas.

Sale de casa llena de energía, pero cuando regresa se queja de dolores de espalda y dice:

—¡La lucha por la igualdad ya no es para mí! Un día caeré en el campo de batalla. Te lo repito, Udo, voy a caer y será mi fin…

NO
NO SIRVAS PASTO A TU HOMBRE
NO SIRVAS PASTO A TU HOMBRE

Prefiero cuando está en casa y nos prepara albóndigas de trébol. Pero yo sé que cocinar albóndigas no la hace feliz. Participar en una manifestación la emociona, satisface y hace que se olvide del dolor sufrido. Pero, recientemente, regresó de una marcha por la diversidad antes de que terminara. Con dificultad, se quitó el marco de madera con la inscripción «No sirvas pasto a tu hombre» y, entre lágrimas, confesó que defender esta idea había terminado con sus fuerzas.

—¿Por qué justamente hoy, Udo? —me preguntó, retorciéndose las patas—. ¡Vinieron tantas liebres! ¡Había nuevas activistas del Rincón del Corazón Tembloroso! Unas cuantas viudas solitarias y hembras casadas desanimadas… Y yo no he podido con ello… Te lo repito, Udo… No he podido.

Le preparé un baño de manzanilla caliente y luego miré las pancartas. Los hizo por encargo Vibrisa Cachas, que practica halterofilia y que en su tiempo libre nos enseña educación física en la escuela. Para él, un trasto de este tipo pesa lo mismo que la pluma de un petirrojo, pero no para mi madre, que tiene que cargar kilos de madera por la buena causa que sea.

«Hum», pensé, y me dirigí a mi cobertizo. Allí encontré un buen acopio de cuerda de sisal. La trencé